Polis
Revista Latinoamericana

11 | 2005
Gestión del cuerpo y control social

Los peligros de la obediencia

Les dangers de l'obéissance

The dangers of obedience

Stanley Milgram

Edición electrónica
URL: http://journals.openedition.org/polis/5923
ISSN: 0718-6568

Editor
Centro de Investigación Sociedad y Politicas Públicas (CISPO)

Edición impresa
Fecha de publicación: 15 agosto 2005
ISSN: 0717-6554

Referencia electrónica
Stanley Milgram, « Los peligros de la obediencia », *Polis* [En línea], 11 | 2005, Publicado el 29 agosto 2012, consultado el 19 abril 2019. URL : http://journals.openedition.org/polis/5923

Este documento fue generado automáticamente el 19 abril 2019.

© Polis

Los peligros de la obediencia

Les dangers de l'obéissance
The dangers of obedience

Stanley Milgram

1 El conflicto inherente a la sumisión a la autoridad es viejo*; tan viejo como la bíblica historia de Abraham, a quien Dios ordenó sacrificar a su hijo en prueba de su fe. Y la cuestión de si hemos de obedecer los mandatos que chocan con nuestra conciencia ha sido debatida por Platón, dramatizada en la *Antígona* de Sófocles y analizada filosóficamente en casi todas las épocas de la historia. Los filósofos conservadores sostienen que la desobediencia atenta contra la misma trama de la sociedad, mientras los humanistas recalcan la primacía de la conciencia individual.

2 Los aspectos legales y filosóficos de la obediencia son trascendentes en alto grado, pero nos aclaran muy poco en el comportamiento de la mayoría de las personas enfrentadas a situaciones concretas. En la Universidad de Yale preparé un sencillo experimento para averiguar cuánto dolor infligiría un ciudadano común a otra persona simplemente porque un experimentador le ordenara hacerlo.

3 En el plan básico del experimento, van dos personas al laboratorio de psicología para tomar parte de un estudio sobre la memoria y la capacidad de aprender. A una se le llama "profesor" y a la otra se le denomina "alumno". El director del experimento les explica que el estudio versa sobre los efectos del castigo en el aprendizaje. Después, el "alumno" es llevado a una habitación donde lo sientan en una especie de silla eléctrica en miniatura; le amarran los brazos con correas para que no se mueva mucho y le ponen un electrodo en la muñeca. Se le dice que leerá unas listas de pares de palabras, y que después probarán su memoria para recordar la segunda palabra de cada par cuando le repitan la primera. Por cada error que cometa, recibirá una descarga eléctrica de intensidad creciente.

4 El experimento, sin embargo, se centra en el "profesor". Después de presenciar cómo sujetan al alumno en la silla, se sienta delante de un imponente "generador de descargas". El tablero del instrumento tiene 30 interruptores de palanca con el voltaje marcado en

cada uno:15 a 450 voltios. Además, está escrita la descripción de los efectos: Choque ligero a Choque moderado, Choque fuerte, Choque muy fuerte, Choque intenso, Choque de intensidad extrema y por fin, Peligro: Choque grave.

A cada sujeto de la prueba se le da una descarga de 45 voltios antes de que asuma el papel de profesor, para que se convenza de la autenticidad de la máquina generadora.

La conciencia en ejercicio

5 El profesor es un sujeto auténticamente ingenuo que acudió al laboratorio en respuesta a un anuncio publicado en un diario local, solicitando voluntarios para un experimento científico sobre la memoria. El "alumno" o víctima es en realidad un actor que no recibe ninguna descarga. El meollo del experimento consiste en averiguar hasta dónde llegará una persona en una situación concreta y mensurable en que se le ordena provocar un dolor creciente a una víctima que protesta.

6 El conflicto se plantea cuando el hombre que recibe la descarga empieza a mostrar su molestia. A los 75 voltios refunfuña; a los 120 se queja en voz alta; a los 150 pide que dejen de probar con él. Cuando aumenta el voltaje, sus protestas son más vehementes y emocionales. A los 285 voltios lanza un grito de agonía. Poco después no emite ni el menor ruido.

7 El "profesor" llega enseguida a una tensión crispante. Para él, no es un juego: el conflicto es intenso y evidente. El manifiesto sufrimiento del discípulo le empuja a abandonar la prueba. Pero cada vez que duda en administrar una descarga, el experimentador le ordena seguir. Para zafarse de su compromiso, el sujeto debe romper decididamente con la autoridad.

Varios de los sujetos del experimento (aunque fueron la minoría) rompieron el vínculo y se negaron a seguir, según vemos en este diálogo:

> "Alumno": Sáqueme de aquí. Le dije que ando mal del corazón y estoy empezando a sentir trastornos. Sáqueme de aquí, por favor.
> "Profesor": Creo que primero debemos averiguar si algo anda mal.
> Experimentador: (Vestido con bata de técnico): Como he explicado, los choques pueden ser dolorosos, pero no encierran peligro.
> "Profesor": Mire usted: no sé una palabra de electricidad, pero no seguiré adelante hasta averiguar si este hombre está bien.
> Experimentador: Es absolutamente esencial que usted continúe. No tiene alternativa.
> "Profesor" ¡Ya lo creo que la tengo! La primera es no seguir, si yo creo que le estamos haciendo daño.

8 Este hombre cumplió realmente lo que esperábamos de la gente en tal situación. Hace aparecer la desobediencia como acto racional y sencillo. Pero la mayoría de los sujetos respondieron de otra forma a la autoridad. Es típica la siguiente respuesta: "Este hombre está enfermo del corazón. ¿Quiere usted que siga, a pesar de todo?" Y cuando el experimentador le contestó: "Continúe, por favor" el "profesor" siguió obedeciendo, aunque sin dejar de objetar. El sujeto de la prueba dice una cosa, pero su conducta dice otra.

Un resultado inesperado

9 Antes de iniciar los experimentos pedí que me predijeran los resultados a varios tipos de personas: psiquiatras, estudiantes, profesores universitarios, y trabajadores comunes. Con notable parecido en sus previsiones, supusieron que virtualmente todos los sujetos se negarían a obedecer al experimentador. Los psiquiatras, en concreto, vaticinaron que la mayoría no pasaría de los 150 voltios, cuando la víctima pidiera explícitamente que la dejaran irse. Esperaban que sólo cuatro por ciento llegarían a los 300 voltios, y que únicamente un margen patológico de uno entre 1.000 administraría la descarga máxima del tablero.

10 Tales predicciones resultaron claramente erradas. De los 40 sujetos del primer experimento, 25 obedecieron hasta el final de las órdenes del experimentador, castigando a la víctima con la máxima descarga posible del generador. Después de tres choques de 450 voltios, el director del experimento ordenaba suspender la sesión. Muchos de los que habían obedecido exhalaban suspiros de alivio, se limpiaban las sienes, se restregaban los ojos o sacaban torpemente un cigarrillo. Otros mostraban un mínimo de tensión desde el principio hasta el fin.

11 En los comienzos mismos del experimento se usaron como sujetos a estudiantes de la Universidad de Yale, y aproximadamente 60 por ciento de ellos obedecieron en todo. Uno de mis colegas enseguida invalidó estos resultados, considerando que no eran aplicables a la gente "común", pues, según él, los universitarios de Yale eran sumamente agresivos e inclinados a competir. Me aseguró que obtendríamos resultados muy diferentes cuando probáramos con la gente "común."

12 Pero, pasamos de los estudios de prueba a los experimentos regulares, tomando personas de todos los estratos sociales de la ciudad vecina: profesionales, empleados, trabajadores cesantes y obreros industriales. El resultado del experimento fue el mismo que habíamos observado entre los estudiantes.

13 Además, se repitieron los experimentos en Alemania, Italia, Sudáfrica y Australia, y el grado de obediencia resultó siempre algo mayor que el hallado en la investigación de que se habla en este artículo. El experimentador de Munich comprobó que 85 por ciento de sus sujetos obedecieron.

Papel del instinto de agresión

14 En una interpretación teórica de esta conducta se afirma que todos llevamos muy dentro instintos agresivos que pugnan por expresarse, y que el experimento sirve para justificar, dentro de una institución, el dar rienda suelta a esos impulsos. Según la teoría citada, cuando se pone a una persona en situación de dominio total sobre la otra a quien puede castigar a su albedrío, saldrán a relucir todas las inclinaciones sádicas y bestiales del hombre. Se considera que el impulso de dar descargas a la víctima nace de los fuertes instintos de agresión que forman parte de los móviles de la voluntad individual. Como el experimento da legitimidad social a esos instintos, lo que hace es abrirles simplemente la puerta para que se manifiesten.

Es de vital importancia, por tanto, comparar la conducta del sujeto cuando está sometido a órdenes y cuando se le permite elegir la intensidad de las descargas.

15 El procedimiento seguido para ello fue idéntico al del experimento normal, si bien se advirtió al "profesor" que podía escoger libremente cualquier nivel de descarga en cualquiera de las pruebas. (El experimentador cuidaba mucho de advertir al profesor que podía aplicar las intensidades mayores, las menores o las intermedias, o combinar unas con otras). Cada sujeto procedía a hacer 30 pruebas críticas. Las protestas del "alumno" estaban coordinadas uniformemente según el nivel de los choques: el primer refunfuño, a los 75 voltios; la primera protesta vehemente, a los 150.

16 La intensidad media de las descargas hechas durante las 30 pruebas críticas fue menor de 60 voltios, esto es, por debajo del nivel en que la víctima mostraba los primeros signos de incomodidad. Tres de los 40 sujetos no pasaron del grado más bajo del tablero: 28 no llegaron a más de 75 voltios, 38 no siguieron después de oír la primera protesta ruidosa, a los 150 voltios. Dos de los sujetos fueron la excepción, pues administraron hasta 325 y 450 voltios, pero el resultado, en conjunto, fue que la gran mayoría de las personas dio choques muy leves, en general indoloros, cuando la elección de la intensidad dependía explícitamente del "profesor".

17 Esta circunstancia del experimento quita fuerza también a otra explicación comúnmente propuesta de la conducta de los sujetos: que los autores de las descargas más intensas contra las víctimas proceden sólo de la minoría marginal de sádicos de la sociedad. Si consideramos que casi dos tercios de los participantes cae en la categoría de sujetos "obedientes", y que representaba gente común tomada de las clases trabajadoras, administradoras y profesionales, el argumento resultará desechable. Es más, recuerda mucho el problema que se suscitó cuando Hanna Arendt publicó en 1963 su libro *Eichmann en Jerusalén*. La Arendt afirmaba que el esfuerzo del fiscal para pintar a Adolf Eichmann (encargado del programa nazi de deportación de los judíos y otros pueblos hasta los campos de exterminio) como un monstruo sádico fue un error en lo fundamental, pues el antiguo funcionario hitleriano era más bien un burócrata sin imaginación que se limitaba a cumplir su trabajo desde el escritorio.

18 La autora del libro fue objeto de escarnios y aún de calumnias. Por una u otra razón, la gente suponía que las monstruosidades ejecutadas por Eichmann tenían que venir de una persona brutal, retorcida, encarnación de la maldad. Después de ver cientos de personas comunes y corrientes someterse a la autoridad en nuestros propios experimentos, debo colegir que la concepción de la Arendt sobre la trivialidad del mal se acerca a la verdad más de lo que uno osaría imaginar. La persona ordinaria que sometía a descargas eléctricas a su víctima lo hacía por un sentido de obligación (impresión de sus deberes como conjunto) y no por una peculiar tendencia agresiva. Esta es, quizá, la lección más fundamental de nuestro estudio: al desempeñar sencillamente un oficio, sin hostilidad especial de su parte, el hombre común puede convertirse en agente de un proceso terriblemente destructor.

19 Además, aunque los efectos destructivos de su trabajo se revelen con claridad meridiana, si se les pide que realicen actos incompatibles con los principios fundamentales de la moral, relativamente pocas personas tendrán los recursos interiores necesarios para oponerse a la autoridad.

La etiqueta de la sumisión

20 Muchos individuos se rebelaban en cierto modo contra lo que hacían al "alumno", y muchos protestaban, aunque obedecían. Algunos creyeron firmemente que obraban mal, pero no se resolvieron a romper con la autoridad. A menudo buscaban justificarse considerando (en su fuero interno al menos) que estaban al lado de los buenos. Trataban de aliviar su tensión obedeciendo al experimentador, pero "solo un poco", dando ánimos al "alumno" conectando delicadamente los interruptores del generador. Al entrevistarlos, los que así procedían solían insistir en que habían sido "humanitarios", administrando las descargas durante el menor tiempo posible. Les fue más fácil resolver así su conflicto que rebelarse contra las órdenes.

21 La situación se prepara de tal forma que el sujeto no puede suspender las descargas al "alumno" sin violar el cometido que le definió el instructor. Teme parecer arrogante y rudo si abandona su deber. Y, aunque estas emociones inhibidoras parezcan menores en comparación con la violencia ejercida sobre el "alumno", impregnan la mente y los sentimientos del sujeto que se angustia ante la perspectiva de tener que repudiar a la autoridad cara a cara. (Cuando se varió el experimento para que el experimentador diera sus instrucciones por teléfono, sólo un tercio de los sujetos obedeció hasta los 450 voltios). Es curioso que, entre las fuerzas que impiden romper el vínculo de obediencia, en el sujeto obre esa especie de "compasión" o resistencia a "lastimar" los sentimientos del experimentador. Retirarle esa consideración puede ser tan doloroso para el sujeto como para la autoridad que desafía.

Responsabilidad de las propias acciones

22 Lo esencial de la obediencia es que una persona llega a considerarse instrumento para realizar los deseos de otra, y por tanto deja de creerse responsable de sus propios actos. Una vez producida esta variación de perspectiva, se siguen todos los caracteres esenciales de la obediencia. El resultado más trascendental es que la persona se considera responsable ante la autoridad que la dirige, pero no del contenido de los actos que le ordenan ejecutar. No desaparece la moralidad, sino que toma un foco radicalmente diferente: la persona subordinada siente orgullo o vergüenza, según haya desempeñado bien o mal el cometido que le encargó la autoridad.

23 Hay muchas palabras en el idioma para definir ese tipo de moral: lealtad, deber, disciplina, expresiones todas ellas saturadas de sentido moral, que hacen referencia al grado en que cumpla una persona sus obligaciones ante la autoridad. No sólo se refieren a la "bondad" de la persona, sino a la suficiencia con que el subordinado desempeña el papel que le haya asignado la sociedad.

24 La razón que aducen con más frecuencia en su defensa los individuos que han cometido alguna acción nefanda por órdenes superiores es afirmar que lo hicieron en cumplimiento de su deber. Al defenderse así, no están alegando un pretexto que se les ocurre de momento, sino hablando sinceramente, pues tal actitud psicológica es resultado de su sumisión a la autoridad.

25 Para que una persona se sienta responsable de sus actos, tiene que sentir que su conducta emana de su "yo". En las situaciones que hemos estudiado, los sujetos tenían

precisamente la noción contraria de sus acciones: creían que nacía de los motivos de alguna otra persona. Muchos sujetos de los experimentos dijeron: “ si hubiera dependido de mí, no habría administrado descargas al alumno”.

26 Aunque el conflicto entre la conciencia y el deber produce tensión, intervienen mecanismos psicológicos que ayudan a aliviarla. Por ejemplo, algunos individuos cumplen en grado mínimo: tocan muy ligeramente el interruptor del generador. Para ellos, eso demuestra que son buenas personas sin dejar de ser obedientes. Algunas discutían con el experimentador, aunque sus objeciones no necesariamente los inducían a la desobediencia: más bien sirven a menudo como mecanismo psicológico, definen al sujeto, ante sus propios ojos, como persona que se opone a las crueles órdenes del experimentador, y al mismo tiempo reducen la tensión y le permiten obedecer. Muchas veces pudimos ver que la persona se abstraía en los pormenores del experimento, pues así no pensaba en las consecuencias de lo que hacía.

Variaciones de autoridad

27 Una vez singularizada la autoridad como causa de la conducta del sujeto, es válido inquirir cuáles son los elementos necesarios para que haya autoridad y cómo ha de percibirse ésta para que el sujeto la acate. Hicimos algunas investigaciones de los cambios que pudieran reducir el ascendiente del experimentador e impulsar al sujeto a la desobediencia. Algunas variantes revelaron que:

28 La presencia material del experimentador tiene un claro efecto sobre su autoridad. Como ya dijimos, la obediencia bajó bruscamente cuando se dieron las órdenes por teléfono. Muchas veces el experimentador pudo impulsar a un sujeto desobediente volviendo al laboratorio.

La autoridad en conflicto paraliza seriamente la acción. Cuando los experimentadores de igual categoría, sentados ambos en la mesa de mando, daban órdenes contradictorias, no se administraron más descargas superiores a la intensidad donde se produjo el desacuerdo.

29 La rebeldía de otros socava gravemente la autoridad. En una de las variantes, tres “profesores” (dos eran actores y el otro era sujeto del experimento) detectaron errores y dieron choques eléctricos. Cuando los dos actores desobedecieron al experimentador y se negaron a administrar descargas superiores a cierto nivel, 36 sujetos, entre 40, se unieron a la desobediencia de sus compañeros “profesores”.

30 Es importante señalar que en nuestros trabajos la autoridad del experimentador era débil, puesto que no tenía casi ninguno de los recursos de represalia disponibles en las situaciones ordinarias de mando. Por ejemplo, el experimentador no amenazaba a los sujetos con castigos por desobedecer (como es la pérdida de ingresos, ostracismo de la comunidad o cárcel). No podía ofrecerles incentivos. Esperábamos que la autoridad del experimentador fuera mucho menor, por ejemplo, que la de un general, un patrono e incluso un profesor que tuviera atribuciones para imponer sus órdenes. Y pese a estas limitaciones, todavía lograba un grado alarmante de obediencia.

31 Citaré una última variante que describe un conflicto común en la vida diaria. En este experimento no se mandaba al sujeto que conectara el interruptor para dar el choque eléctrico a la víctima, sino simplemente que desempeñara una tarea auxiliar (hacerle la prueba de las parejas de palabras) mientras otra persona administraba las descargas. En

esta situación 37 de 40 adultos (aproximadamente el 90 por ciento) siguieron haciendo las preguntas de la prueba hasta la máxima intensidad del generador. Como era de esperar, excusaron su conducta diciendo que la responsabilidad recaía en el hombre que conectaba el interruptor. Esto puede ser ejemplo de una peligrosa característica de las sociedades complejas: es fácil pasar por alto la responsabilidad cuando uno es solamente un eslabón intermedio de una cadena de actos.

32 El problema de la obediencia no es exclusivamente psicológico. La forma y figura de la sociedad, y la manera en que se desarrolla, tiene mucho que ver en él. Claro es que todas las sociedades deben inculcar hábitos de obediencia en sus ciudadanos, puesto que no puede haber sociedad donde no exista alguna estructura autoritaria. Aprendemos la obediencia en la vida familiar y en la escuela, pero sobre todo cuando empezamos las relaciones de trabajo. Cuando ingresa en una oficina, una fábrica o el ejército, el individuo tiene que ceder por fuerza cierta dosis de criterio personal para que aquellos sistemas más extensos puedan funcionar eficientemente. En estas situaciones de trabajo no se considera uno responsable de sus propias acciones, sino agente que pone por obra los deseos de otra persona.

33 Quizás haya habido una época en que las personas podían responder en forma plenamente humana a cualquier situación por estar inmersas por completo en ella como seres humanos. Pero las cosas cambiaron en cuanto hubo división del trabajo. Pasado cierto límite, la desintegración de la sociedad en grupos de gente que desempeña labores reducidas y muy especiales mengua la calidad humana del trabajo y de la vida. La persona no logra abarcar la situación completa, sino sólo una parte de ella y, por consiguiente, no puede obrar si no se le señala alguna dirección global. Se entrega a la autoridad, pero con ello se enajena de sus propios actos.

34 Hasta Eichmann se enfermaba al visitar los campos de exterminio, pero durante casi todo el tiempo estaba sentado ante un escritorio escribiendo órdenes. El hombre que, en el campo de concentración, echaba el Ciclón-B en las cámaras de gas podía justificar su conducta diciendo que se limitaba a cumplir órdenes superiores. Así, existe una fragmentación del acto humano total; nadie se enfrenta a las consecuencias de haber decidido ejecutar un acto infame. La persona que asume la responsabilidad se ha evaporado. Quizá sea éste el rasgo más común del mal socialmente organizado en la sociedad moderna.

35 Pero las implicaciones de nuestro estudio se aplican igualmente en situaciones menos extremas. Así, el conflicto entre conciencia y autoridad sólo en cierta medida es un problema filosófico o moral. Muchos sujetos del experimento comprendían, por lo menos en el plano teórico de los valores, que no debían seguir, pero no fueron capaces de traducir en actos su convicción. No se necesita una persona mala para servir en un mal sistema. La gente común se integra fácilmente en sistemas malévolos.

36 ¿Podremos evitar de algún modo este potencial aterrador, esta fácil aceptación de la autoridad, aún la mal dirigida o la perversa? Quizás seamos marionetas o muñecos movidos por los hilos de la sociedad. Pero al menos somos marionetas con percepción, con conciencia. Y tal vez nuestra conciencia sea el primer paso para liberarnos. El hecho de que la obediencia sea muchas veces un imperativo de la sociedad humana no reduce nuestra responsabilidad como ciudadanos. Más bien nos impone la obligación especial de colocar en los puestos de autoridad a aquellos que más probablemente la ejercerán humanitariamente. Y la gente es ingeniosa. Los varios sistemas políticos que se han

desarrollado en el correr de la historia son sólo algunos de los muchos arreglos políticos posibles.

37 Acaso el siguiente paso sea inventar y explorar formas políticas que den a la conciencia más oportunidades de oponerse a la autoridad equivocada.

NOTAS

***.** El relato detallado de la investigación realizada se encuentra en el libro de Stanley Milgram (1980) *Obediencia a la autoridad. Un punto de vista experimental*, Desclée de Brouwer, Bilbao.

RESÚMENES

Artículo considerado un clásico en el ámbito de la psicología social, describe los resultados de la investigación realizada por su autor en los años sesenta del siglo pasado, los que muestran que una considerable mayoría de personas normales, en acatamiento a la autoridad, pueden realizar conductas éticamente reprobables que causan daño a otros. Estas conclusiones confirman, experimentalmente, la hipótesis de la Escuela de Frankfurt de que existe en todos nosotros una dimensión autoritaria de la personalidad, que en la mayoría de las personas genera una obediencia incondicional a la autoridad.

Cet article est considéré comme un classique dans le domaine de la psychologie sociale, décrivant les résultats d'une enquête réalisée par son auteur dans les années soixante du siècle passé, qui démontrent qu'une majorité considérable de personnes normales, obéissant à l'autorité, peuvent faire preuve de conduite éthiquement blâmables faisant du mal à d'autres. Ces conclusions confirment, de manière expérimentale, l'hypothèse de l'Ecole de Francfort quant à l'existence en chacun de nous d'une dimension autoritaire de la personnalité, qui dans la majeure partie des cas entraine une obéissance inconditionnelle à l'autorité.

The article, considered a classic in the scope of social psychology, describes the results of an investigation carried out by the author during the sixties of the past century, whose results show that a substantial majority of normal people, in obeying authority, can carry out conducts ethically reprehensible, which harm others. These conclusions confirm, experimentally, the hypothesis of the School of Frankfurt which states that, in all of us, a dimension of authoritarian personality is found, that in most people produces an unconditional obedience to an authority.

ÍNDICE

Palabras claves: autoridad, sumisión, obediencia
Keywords: authority, submission, obedience
Mots-clés: autorité, soumission, obéissance

AUTOR

STANLEY MILGRAM

Psicólogo norteamericano (1933-1984), fue profesor de la Universidad de Yale donde realizó sus investigaciones. Escribió varios libros, casi todos ellos, sobre el tema de psicología de la obediencia.